

A propósito del sistema capitalista y su ideología

CRECIMIENTO ECONÓMICO Y DISTRIBUCIÓN DEL INGRESO

Asdrúbal Baptista

En épocas que hoy se ven tan distantes como si nunca hubieran acontecido, había una idea de gran empuje tras las luchas sociales. Se expresaba diciendo que las estructuras de poder tienen sus mecanismos propios para asegurar que la realidad de las cosas pueda 'pintarse a la gente' de un modo que se magnifiquen ciertos rasgos sobre los cuales es conveniente insistir, o, también, que se oculten los vicios y defectos que afean la sociedad y que exhibidos tal cual se dan son capaces de soliviantar las pasiones y de crear conflictos. El siglo XIX, tan perceptivo en estos aspectos, descubrió los resortes íntimos tras este juego demoníaco y puso al desnudo las sutilezas del eficaz enmascaramiento que la ideología facilita. La concepción de lo 'ideológico', en cuanto mecanismo de dominación, es un importante legado que se transmite a la posteridad, con prescindencia de que luego se lo hubiera distorsionado de mil maneras.

Una de estas maneras, retorcida aunque de indudables consecuencias, es la de identificar ideología y valores, o ideología y ética, o ideología y principios. 'Aquel partido político sí tenía una ideología'; 'al país le hace falta un ideólogo que le marque un rumbo en medio de tanta confusión y algarabía'; este tiempo es el del 'fin de las ideologías, y ya no se cree en nadie y cada quien anda en lo suyo'. Estas y otras tantas frases de similar contenido son parte normal ya del lenguaje cotidiano y, sin que dejen de decir mucho en sí

mismas, ocultan la realidad viva de lo ideológico y hacen todavía más férreo su poder de dominio.

Un ejemplo puede ayudar a poner de manifiesto lo que se quiere transmitir. La prédica de la igualdad ante la ley, que sostiene la armazón de la sociedad como acaso ningún otro pilar, lleva en una importante derivación a la idea de la igualdad de oportunidades, a la de la igualdad de posiciones y fuerzas en la ocasión del contrato de trabajo entre patronos y obreros, a la de la igualdad de derechos en la distribución de los resultados de la producción. Y, por esta vía, se va conformando con el correr del tiempo una idea muy poderosa que puede expresarse así: la evolución de la sociedad lleva lenta, pero inexorablemente, a una igualación de los estándares de vida.

Pero esta evolución puede precisarse un poco mejor. Al nombrársela, en efecto, de lo que se trata es del crecimiento económico, o con más rigor, del crecimiento de ciertas magnitudes preestablecidas, de manera que la cuestión importante es asegurarlo a toda costa, puesto que de él no sólo resulta un más alto nivel de subsistencia, sino lo que es decisivo: una equiparación de los niveles de vida y de confort material. Sobre el crecimiento, pues, recae la dinámica de la sociedad contemporánea, y será su ocurrencia o no lo que marque la calidad de las economías. Crecimiento, pues, se va haciendo sinónimo con logro social, con recta conducción política, con eficaz capacidad de competir, con arreglos económicos eficientes, con modernización en marcha, con ejercicio de la racionalidad económica o con ser racional y así moderno, con óptima asignación de los recursos entre el presente y el futuro, con asunción de riesgos y disposición para deci-

dir en condiciones siempre inciertas, con prácticas innovativas y capacidades renovadas para vencer la inercia de las tradiciones. En suma, el crecimiento económico va encarnando en sí todo lo bueno que puede sucederle a una sociedad, siendo su ausencia, desde luego, justamente lo contrario: el atraso y la barbarie.

Tras la voz del crecimiento, por lo tanto, se van paso a paso escudando los grandes propósitos individuales. Ya no es la cuestión general antes referida, sino más bien el individuo frente a su propia situación. La traslación del argumento no puede sino ser directa: si la economía crece, y yo formo parte de la economía, yo también he de crecer. La lejanía de las magnitudes económicas que definen el crecimiento -algunos las llamarán cuentas macroeconómicas- respecto del individuo y de los fines más suyos, se va acortando, y pronto terminan por fundirse. Asegurar que esto ocurre y sin sobresaltos es la misión de la ideología.

Pero dicho lo anterior quedan pendientes ciertos eslabones, uno de los cuales es de gran significación. Vale la pena saber de ellos en términos de alguna información estadística que ayude a clarificar su contenido.

I

En el Gráfico 1, se muestran para Venezuela, desde 1978 hasta 1996, el crecimiento de la economía y el desenvolvimiento de una variable de especial relevancia, a saber, los salarios reales. Esta última variable tiene la importancia de que ella mide el nivel de vida de los empleados y obreros, que constituyen la gran mayoría de los habitantes del país.

En este gráfico sobresale un punto en particular, cuyo contenido puede describirse así: durante

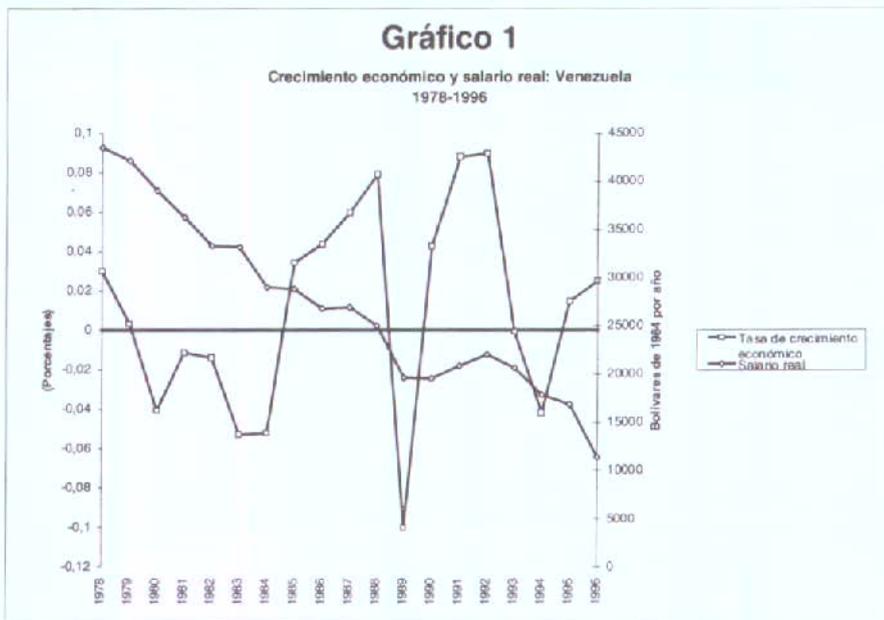
Asdrúbal Baptista es economista, ex Ministro de Planificación, investigador del IESA

los últimos 20 años, el ritmo de crecimiento económico ha tenido muy importantes vaivenes -sus alzas y sus bajas- y, sin embargo, el nivel de vida de los asalariados ha seguido un curso descendente a lo largo del tiempo. Dicho de otro modo, el crecimiento de la economía no siempre causa el aumento de las posibilidades materiales de la gran mayoría. De forma que la prédica de sus virtudes para el bienestar de la mayor parte de la población, a la luz de la experiencia vivida por casi ya una generación de venezolanos, enmascara y oculta la verdadera realidad de las cosas, que es algo muy diferente.

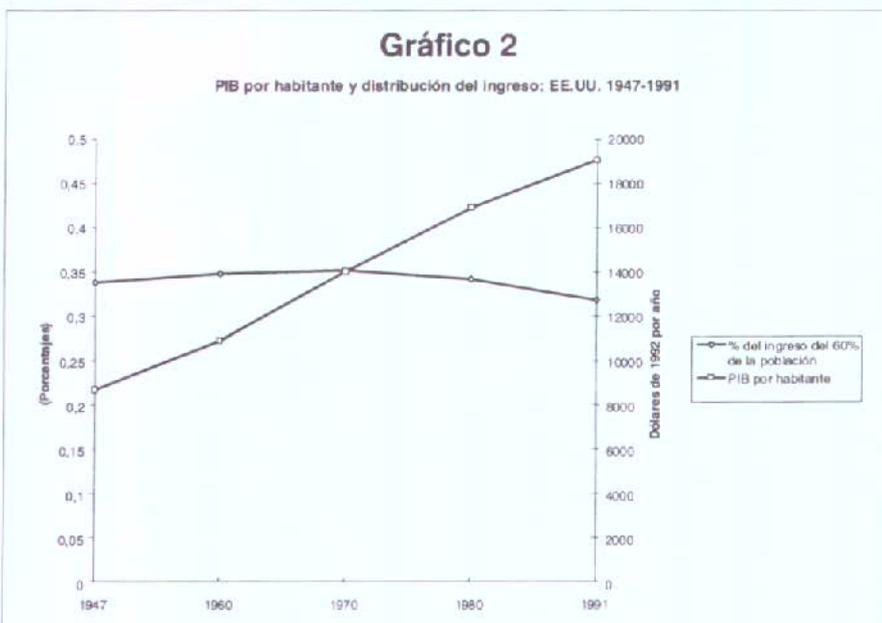
Aquí surgirá alguien con un argumento complejo y elaborado que sirva para dar cuenta de por qué no ha sucedido lo que debía pasar. Y no hay más respuesta que darle que una muy simple: la perorata ideológica que convence y persuade con tanta eficacia va en línea recta desde el crecimiento económico al bienestar de la gente.

El poder de lo ideológico, sin embargo, no se amilana ante lo que bien podría verse como una evidencia demoleadora. Hay algo que lo sostiene y a lo cual no le hacen mella pruebas o demostraciones como las resultantes del gráfico en cuestión. En todo caso, hay una segunda clase de información que toca otro aspecto de la cuestión planteada, y que puede verse en los términos siguientes: con el crecimiento económico la disparidad de los ingresos se va reduciendo, y es previsible una razonable igualación de las remuneraciones que las familias reciben.

En esta juntura se hace referencia a un tema muy delicado de la cuestión social. Se quiere decir que la prédica ideológica, tan afincada en la igualdad entre los individuos, postula que el desarrollo económico satisface esa exigencia. Y, al hacerlo, no sólo colma las aspiraciones por un estándar superior de vida (posición absoluta del individuo), sino que también consigue cerrar las iniquidades provocadas por las desigualdades (posición relativa del individuo).



Fuente: Asdrúbal Baptista, *Bases Cuantitativas de la Economía Venezolana: 1830-1995*, (Caracas, 1997)



Fuentes: U.S. Department of Commerce, *Historical Statistics of the USA from Colonial Times to 1970*, Vol. I (Washington, 1975), Series G-31 a G-42; *Survey of Current Business*, June 1997, (Washington, 1997)

En otras palabras, cabría esperar que la brecha entre ricos y pobres, entre los que más reciben y los que menos reciben, muestre alguna tendencia franca a cerrarse. Más allá del rigor científico que domina los análisis futuristas, hay un cierto dejo de esperanza de que el mundo es capaz de crear por sus propios medios una situación de mayor equidad. Y que, si sólo se aseguraran las condiciones bajo las cuales las economías pudieran crecer sin impedimentos, se avanzaría con paso firme hacia esa dirección.

El Gráfico 2 muestra para EE.UU. el grado de desarrollo económico medido

en términos del PIB por habitante, así como el porcentaje del ingreso recibido por el 60 por ciento de la población situado en los estratos inferiores de la distribución.

Como se ve, pues, la distribución del ingreso o, mejor, la referida brecha del penúltimo párrafo, permanece básicamente inmodificada frente al espectacular avance del desarrollo económico. Se quiere indicar que en el lapso cubierto, esto es, 1947-1991, el producto por habitante más que se duplicó, y, sin embargo, la distancia distributiva no se alteró en ningún sentido apreciable, y si algo

Gráfico 3

Distribución del ingreso y crecimiento económico: Venezuela 1975-1996



Fuentes: Asdrúbal Baptista, *op.cit.*

podiera más bien colegirse es que desde 1970 hasta el presente la inequidad se ha hecho más ostensible.

En un similar sentido, cabe traer a colación la experiencia local de Venezuela. En el Gráfico 3, se juntan las tasas de crecimiento de la economía con los valores del coeficiente de Gini. Este último instrumento estadístico mide el grado de desigualdad de la distribución del ingreso, y sus valores se mueven entre 0 y 1. El valor extremo 0 corresponde a una situación cuando cada persona recibe el mismo porcentaje del ingreso, en tanto que el valor 1 es el caso de la perfecta desigualdad.

De nuevo, la evidencia sobre la invariabilidad de la distribución del ingreso no admite mayores controversias. A lo largo de las dos décadas pasadas, en efecto, se han dado las condiciones más extremas del crecimiento económico: a la alza y a la baja, y, con todo y ello, el patrón distributivo se ha comportado con total independencia respecto de ellas. No existe tal cosa que se asemeje a un crecimiento económico -entendido desde la óptica de la sociedad contemporánea- cuyo signo distintivo sea la tendencia a la equidad, sobre la que tanto y tan airadamente se vocifera. Desde luego, la densa neblina ideológica que rodean la visión y el entendimiento fabrican espejismos e ilusiones de mejores mundos en el camino, si es que sólo se aguzara la razón y se adoptaran conductas más acordes y sensatas.

II

Lo anterior ya es suficiente como para dejar al amable lector en posesión de unos elementos para adicionales reflexiones. Sin embargo, toda vez que este asunto central de la ideología está puesto en el tapete, y a cualquier costo es menester acercársele y tratar de agarrarlo para no dejarlo ir por más tiempo, es bueno unir lo anterior con una mirada a un documento de extraordinaria significación, dada su procedencia. Allí sobresale, como acaso en ninguna otra parte a la mano, la infinita sutileza de lo ideológico. El documento vale la pena citarlo *in extenso*, tomando tres párrafos suyos:

El neoliberalismo, tal y como se entiende en América Latina, es una concepción radical del capitalismo que tiende a absolutizar el mercado hasta convertirlo en el medio y el fin de todo comportamiento humano y racional. Según esta concepción están subordinados al mercado la vida de las personas, el comportamiento de las sociedades y las políticas de los gobiernos. Este mercado absoluto no acepta regulación en ningún campo. Es libre, sin restricciones financieras, laborales, tecnológicas o administrativas.

Esta manera de pensar y de actuar tiende a hacer una totalidad ideológica de la teoría económica de algunos de los economistas más brillantes del capitalismo moderno, que

crearon el pensamiento neoclásico. Pensadores que no pretendieron reducir el comportamiento del hombre y de las sociedades a los elementos que ellos plantearon para explicar una parte de las relaciones y de la vida compleja de las personas y las comunidades

Por tanto el neoliberalismo no es igual a la economía que reconoce la importancia del mercado de todos los bienes y servicios sin absolutizarlo, ni es igual a la democracia liberal. Oponerse al neoliberalismo no significa estar en contra de la utilización eficiente de los recursos de que dispone la sociedad, no significa delimitar la libertad individual, no significa apoyar el socialismo de Estado. (Superiores Provinciales de la Compañía de Jesús, "Neoliberalismo en América Latina", SIC, No. 591, Enero-Febrero 1997, p. 41).

Estos párrafos son notables, y ameritarían mucho más de lo que puede aquí dedicárseles. Valga en todo caso lo siguiente. El punto de partida tiene que ser la existencia del marco de relaciones que se llama el mercado, cuyas dimensiones han llegado a ser tales como para que a la sociedad contemporánea también se la llame, en calidad de sinónima, sociedad de mercado.

En esta encrucijada, se abren cuando menos dos cuestiones. En primer término, la realidad del mercado. Se alude aquí a si puede categóricamente hablarse del mercado como un existente, como un algo que existe fuera de quien lo toma para pensarlo. Meterse a lo largo de esta vía remite a complejos temas que no es el caso siquiera mencionarlos. Baste entonces una afirmación, dogmática si se quiere, y es que la realidad del mercado es indubitable.

La segunda cuestión se vincula a la primera, pero posee su propio nivel de discusión. Puede proponerse así: uno de los grandes temas en la conformación de la Ciencia de la Economía fue justamente precisar que el curso histórico de la humanidad había llevado las cosas has-

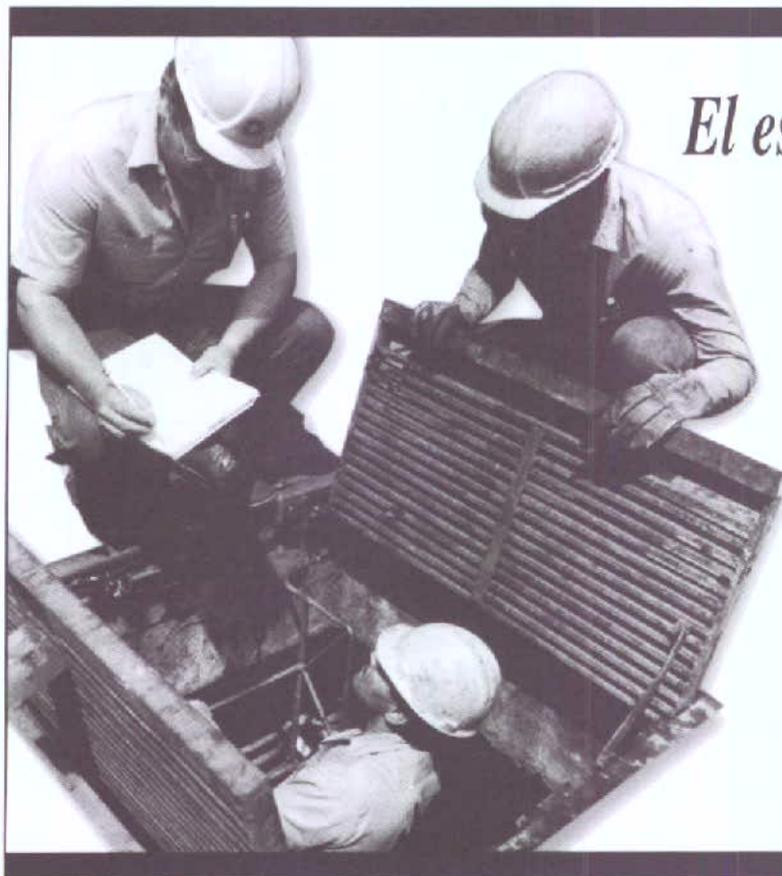
ta un estadio de desarrollo tal que a la sociedad contemporánea debía definirse-la en propiedad, así lo escribió Adam Smith, como "una sociedad comercial". Ya no es el mercado, entonces, un punto espacial más donde circunstancialmente se intercambian mercancías. Ahora, y como resultado de un complejo proceso histórico, el ámbito íntegro de la sociedad se hace mercado: la vida de los hombres todos es intercambio mercantil y sólo intercambio mercantil. Esto tiene inmensas repercusiones, pero se deja la cuestión hasta aquí. En todo caso, conservar siempre en la mente que la sociedad contemporánea, comercial o de mercado según se quiera llamarla, es uno y, por lo tanto, quizás uno más, de los eslabones del decurso histórico de la humanidad, es una increíble exigencia de la práctica, y también, un posible antídoto contra lo ideológico.

Este par de detalles se le va entre los dedos a los autores del texto citado. ¡Omisión nada minúscula! En la tarea de precisar causas o, dado el tenor del lenguaje del documento, de atribuir responsabilidades, la realidad del mercado queda del todo liberada -ése es el fin recóndito del documento, que en tal sentido es esen-

cialmente más neoliberal que su presuntivo oponente-. Sólo si al mercado no lo absolutizaran los economistas, dice el documento, entonces él no absolutizaría; si a las personas no se las tomara como simples medios en las ecuaciones de la macroeconomía, sostienen los Provinciales Jesuitas, las relaciones laborales serían entre iguales, y quizás ni de contratos de trabajo podría hablarse, dada la dignidad de la condición humana; si no hubiera el infrenable cabildeo de los poderosos, sugiere el documento, pues simplemente no tendríamos gobierno. Y la guinda: sólo si a los recursos se los utilizara eficientemente, el mundo sería diferente, y el crecimiento económico haría paso a paso más equitativo el reparto de los bienes de la tierra. Pero, si de eficiencias se trata, sépase bien, las cuatro décadas pasadas son el tiempo glorioso del sistema económico contemporáneo, y sus logros ya se han mostrado. De modo que si a lo que se aspira es a tener una organización social más eficiente, será porque también se espera que no haya muchos con quienes distribuir y compartir.

La causa de los quebrantos sentidos con el modo general de vida debe, pues,

buscarse en las ideas que sobre el mercado se tienen: allí, en las ecuaciones y postulados axiomáticos de los teóricos del capitalismo. ¡La piedra filosofal! Valdría empero el esfuerzo, a cuenta de un poquito de candidez intelectual, de comenzar por la otra punta -la punta del ser antes que la del pensar, en una suerte de hiperrealismo- y ver si hay más frutos a lo largo de este camino que en el del documento anti-neoliberal que se comenta, aun si así se pusieran bajo riesgo subversivo los intereses creados con el estado de cosas existente. Pero, si también se viera en esta segunda postura algo ideológicamente cargado, una manera de aminorar el fardo o hasta de eliminarlo, sin importar que le falte la vivacidad de los extremos, es moverse desde ambos lados y tratar de ver las cosas coexistiendo causalmente y al unísono: el mercado y lo que sale de su seno como pensamiento neoliberal, tanto como el pensamiento neoliberal y su engendro del mercado descrito por el documento bajo comentario. Pero estas cuestiones ya se escapan de los modestos límites de este artículo. ■



El esfuerzo conjunto hace la diferencia

La energía de más de seis mil trabajadores de **La Electricidad de Caracas** mantiene encendidas las posibilidades de crecimiento y desarrollo para la causa común de todos los que aquí vivimos: **Venezuela**. Que no se apague la esperanza de un país cada vez mejor.



La Electricidad de Caracas
y sus empresas filiales

<http://www.edc-ven.com>